

**Dani  
Rodrik**

ESTE ECONOMISTA, UNO DE LOS MÁS INFLUYENTES DEL MUNDO Y QUE CUESTIONA LA GLOBALIZACIÓN, EL EURO Y LAS POLÍTICAS DE TRUMP, QUIERE REINVENTAR EL CAPITALISMO

# “El capitalismo volverá a sorprendernos con la capacidad de reinventarse que ha demostrado históricamente tras cada crisis”

POR  
**ELENA PITA**  
FOTOGRAFÍAS DE  
**JAVIER LUENGO**

Su posicionamiento socioeconómico puede resumirse en una sola frase: el mundo necesita un nuevo contrato social que mitigue los excesos de la globalización a ultranza y detenga la deriva nacional populista de la política y la desintegración de los pueblos. ¿Y esto cómo se logra? A su juicio, revisando la historia reciente de nuestra economía, desde (y sobre todo) Keynes hasta nuestros días, deteniéndose en las teorías de la recuperación postcrítica e investigando desde el pragmatismo y con mentalidad científica: ensayando sin miedo al error, por-

que difícil es acertar si uno no se arriesga a fallar en el intento.

El profesor y economista Dani Rodrik, licenciado *cum laude* por Harvard y doctor en Economía y Administración por Princeton, está considerado uno de los 100 economistas más influyentes del mundo según *el ranking de Ideas*. Y sin duda, uno de los más provocadores desde que hace 20 años se dio a conocer en la escena internacional con *Has globalization gone too far?*, que se convertiría en un *bestseller* cuando la globalización todavía remitía a la frialdad del acero. Está a punto 





**“El euro es tan insostenible hoy como lo era hace una década. Es una utopía si no va acompañado de una visión política común”**

**“Lo más peligroso de Trump es que ha hecho creer que la UE, China o el Nafta son los responsables de los problemas domésticos”**



**Dani Rodrik**

de publicar en España su último ensayo, *Straight talk on trade*, cuando hablamos en la cafetería del Meliá Sitges, donde se celebra la XXXIV Reunión del Círculo de Economía. Nadie diría por su fisonomía (ojos azul claro y tez blanquísima) que es natural de Turquía (Estambul, agosto de 1957). “En realidad mi apellido original es Rodríguez. Mi familia es sefardí y huyó de algún lugar de España en el siglo XV”.

**Pregunta.** ¿Estamos ya padeciendo las consecuencias negativas que vaticinó sobre la globalización o esto aún puede ir a peor? **Respuesta.** Yo no cuestiono la globalización en sí misma sino el modo en que se aplica, generando un desequilibrio desproporcionado entre los estamentos financieros y la sociedad y sus trabajadores. No se trata de un debate a favor o en contra de la globalización, sino en torno a qué globalización necesitamos: la Unicef o la OCDE siguen modelos muy distintos de globalización. Atendemos paralelamente a una integración económica internacional y a la desintegración económica de nuestras sociedades domésticas.

**P.** ¿En qué consiste el nuevo contrato social que promulga para la recuperación del equilibrio? **R.** Durante las tres décadas que siguieron a la II Guerra Mundial se implementó un acuerdo social que combinaba el keynesianismo macroeconómico y una significativa regulación estatal que procurase bienestar social, lo que redundó en beneficio de toda la sociedad. Pero en los 70 y 80, este sistema se debilitó a causa de las bruscas transformaciones y fue reemplazado por el neoliberalismo o fundamentalismo de mercado, que ignoró la importancia de legitimar el capitalismo. Quedó plasmado en el famoso epitome de Thatcher (1987): “La sociedad como tal no existe”, todo lo que importa son los mercados. La globalización de los 90 fue una extensión de esta teoría y su inherente desequilibrio ha derivado en la actual bipola-

ridad: auge de los nacionalismos por un lado (Europa) y proteccionismo por otro (EEUU) mientras la fragilidad del sistema financiero internacional y la amenaza de crisis aún gravitan sobre nuestras cabezas.

**P.** ¿El contrato social que propugna es un regreso al pasado? **R.** No, la vuelta al contrato de la posguerra sería absurda en el actual contexto tecnológico, pero sí supone su reedición bajo las nuevas condiciones y el mismo espíritu de entendimiento: si queremos una economía global próspera y abierta necesitamos que se base en políticas domésticas saludables. Porque sin cohesión nacional, si carecemos de una sociedad legítima, la globalización nunca será sana; así pues, hay que volver a las raíces y retroceder en los acuerdos y normas adoptados en las últimas tres décadas.

**P.** ¿Cree que la política internacional está dando pasos en ese sentido? **R.** Todavía estamos dándonos cuenta de que es necesario. Pero existe un enorme escollo político y es la escasez de grupos políticos progresistas y centristas. El panorama se presenta polarizado entre nacionalistas y populistas (capaces de capitalizar el descontento social) y los neo-

liberales, si bien no quieren ser identificados como tales. Entre ellos se retroalimentan y no dejan espacio a la alternativa reformista, y esto sucede tanto en Europa como en EEUU.

**P.** Cuando habla del populismo como consecuencia del mesianismo globalizador, ¿está señalando específicamente a Trump? **R.** Trump es un falso populista. Pronto veremos que los aranceles que acaba de anunciar a la importación de acero y aluminio son una nueva farsa, y encontrará la disculpa para retractarse y hacer concesiones, de igual modo que lo hace con sus amenazas a China. Su intención es mantener una apariencia comercial agresiva, algo que conecta muy bien con su base electoral, cuya situación no obstante es hoy peor que antes, porque cuando se adentra en la política real no tiene más remedio que ceder a los poderosos intereses financieros norteamericanos, que rechazan el proteccionismo.

Lo único que sucede es que la economía norteamericana se está beneficiando de su política fiscal, lo que ha dado un empujón a la demanda interna. Pero la consecuencia será un enorme déficit presupuestario y una mayor desigualdad en la distribución de riqueza. Su campaña fue populista pero sus intervenciones se han alineado con la tendencia derechista del Partido Republicano: desregulación de las medidas financieras y medioambientales, abolición de derechos humanos y civiles, y endurecimiento de políticas migratorias. Pero no ha cumplido con sus promesas de gasto en infraestructuras, que hubieran creado mucho empleo, y anuncia aranceles que perjudican a la industria de la construcción.

**P.** ¿A dónde conduce todo esto? **R.** Es difícil predecir, pero lo deseable sería que el Partido Demócrata fuera capaz de resurgir con una repuesta progresista que revigore los sindicatos y la política laboral, y promueva la equidad fiscal. Lo que es realmente peligroso de la Administración Trump es que ha hecho creer a los norteamericanos que la UE, China o el Nafta son los responsables de sus problemas económicos, distrayendo el objetivo de las dificultades domésticas reales.

**P.** ¿Por qué dice que no es el me-

jor momento para los tratados de comercio interregionales?

**R.** Porque es el momento para hacer un alto. Hemos logrado una economía mundial francamente abierta a las inversiones, al comercio y a la cooperación internacional, algo sin precedentes, y ha llegado la hora de focalizar la energía en la reconstrucción doméstica de nuestras sociedades, regresar a la idea de que los acuerdos internacionales han de estar al servicio de las naciones y no al revés. El problema no es la libre circulación de mercancías, sino la recuperación de la legitimidad del mercado de forma que podamos creer que opera en beneficio de todos.

**P.** ¿Es usted algo así como una nueva versión de socialdemócrata para el siglo XXI?

**R.** Mire, estas nomenclaturas no tienen sentido hoy en día. Necesitamos reinventar el capitalismo y adaptarlo a las condiciones tecnológicas y económicas del siglo XXI, desafiando la enorme desigualdad que ha supuesto la atomización y digitalización. Y no importa la forma o el nombre, pero será una vuelta al sistema de economía mixta, y necesitaremos nuevas instituciones que democratizen los cambios tecnológicos y una nueva política que invierta en las comunidades locales. Soy optimista a largo plazo: el capitalismo volverá a sorprendernos con la capacidad de reinventarse que ha demostrado históricamente, autorregenerándose después de cada crisis.

**P.** Sostiene que el euro nunca funcionará mientras la UE no adopte una política comunitaria única. Dada la historia de este continente, ¿lo que plantea no es tanto como una utopía?

**R.** El euro es una utopía si no va acompañado de una visión política unificada. No estoy diciendo que Europa tenga que ser un país único, sino que la sostenibilidad del euro pasa por una significativa integración física, política y fiscal de sus naciones. De lo contrario, su moneda seguirá siendo inestable. El *brexít* fue una sorpresa para todos, pero también un claro ejemplo de cómo los ciudadanos interpretan la distancia de las decisiones que se adoptan en Bruselas. El resultado del referéndum es un aviso para la UE sobre sus estructuras: el euro es tan insostenible hoy como lo era hace una década. La actualidad en Italia lo evidencia. ■

